

que de ocultarlos; pero una Asamblea cuasi divina, asistida del Espíritu Santo, dotada del don de los milagros; con diputados que se imaginaban superiores al género humano y en comunicacion directa con el Eterno, si no se mostraba en todas sus obras y en todas sus palabras como un modelo de santidad, como un ideal y norma de vida, no le quedaba más remedio que envolverse en el misterio, y discutir en las tinieblas. Cuando una institución se cree puramente humana, puede contentarse con la perfeccion relativa de todas las obras humanas: las instituciones divinas deben aspirar á la perfeccion absoluta. Y el mundo sabia que estaban bien lejos de lo perfecto las obras y las palabras del Concilio. Multitud de corresponsales, así religiosos como laicos, inundaban las prensas de Europa con epistolas reveladoras. La policía secreta del Papa que violaba á su arbitrio todos los hogares; y la Cámara negra que á capricho registraba todas las cartas, no podian dar con la fábrica de tan misteriosos papeles. Era vulgar opinion que se escribian en las embajadas, que se parapetaban tras la inviolabilidad diplomática, y que se expedian por las respectivas estafetas. Prensa clandestina llamaban los escritores ultramontanos á esta prensa misteriosa, como si la prensa clandestina no fuera en todas partes y en todos tiempos, desde la aparicion de este maravilloso invento, fatal engendro del silencio, monstruoso parto del despotismo. Los miembros de las grandes comisiones designadas por el Papa, promovian la cuestion de la Infalibilidad para que se creyese obra espontánea lo que era obra reflexiva y comenzada por los obispos cuando habia sido preparada por el Papa. Cien obispos de los más sábios, de los más virtuosos, de los que regian mayores iglesias, y contaban por lo mismo así gran número de fieles, cuya representacion significaban mucho en la Asamblea, oponianse pretestando la inoportunidad de esta declaracion. Decíase que su jefe era el Obispo de Orleans. Los periodistas piado-

sos pasaban delante de Santa María de los Angeles, termas ayer de Diocleciano levantadas por el trabajo forzado de los creyentes en Cristo, templo hoy de los santos; pasaban delante de San Lorenzo, antigua basílica alzada al mártir en el lugar mismo de su martirio; delante de catacumbas que guardaban semillas de huesos, y semillas de ideas, testimonios vivos aun de la inutilidad de la persecucion, de la inutilidad del silencio; y se dirigian á la Villa Grazioli á expiar las menores acciones del Obispo de Orleans, sus gestos, sus visitas, para ennegrecerlo y ridiculizarlo en sus periódicos á los ojos del mundo, y calumniarlo allí donde no le era permitido la defensa. A pesar de su antigua enemiga al Imperio llamabásele instrumento del Emperador. La camarilla del Vaticano contaba que el Obispo habia emitido la idea, ó mejor dicho, habia divulgado la advertencia de que Napoleon no recibiria nunca en sus dominios el artículo en cuestion, el artículo de la Infalibilidad. «Pero, le decia su interlocutor, un gobierno que no puede borrar un artículo de un periódico, ménos podrá borrar un artículo de un Concilio.» »Le negará el pase.» «Pues ya pasará cuando caiga, y vereis como pasa pronto.» Así paga el diablo á quien le sirve; así agradecian los ultramontanos una proteccion, sin la cual jamás hubieran podido celebrar su Concilio. Es verdad la silla imperial del César iba á caer; pero con ella tambien iba á caer la silla temporal del Papa.

Suscitóse por este tiempo una gran cuestion histórico-teológica en el seno de la Iglesia. Tratábase de averiguar si el Papa Honorio habia sido depuesto por hereje en pleno Concilio ecuménico. Aunque el problema parecia á primera vista puramente histórico, era en realidad dogmático. Si un Papa habia sido depuesto por herético, la infalibilidad personal de los Pontífices se desvanecia y pasaba á la universalidad de la Iglesia, representada por sus Concilios. Corria el siglo VII y se agravaban sobre todo en la sofística

Iglesia griega, que conservaba de los antiguos helenos el gusto por las disputas y controversias académicas todo el cúmulo de sutilezas relativas á la naturaleza de Cristo. Sabido es que la Iglesia reconoce dos naturalezas distintas, y sin embargo reunidas en la persona del redentor.

Los griegos debian tener una secta, dado su amor á las argucias, que reconociese en Cristo una sola naturaleza. Las sectas contrarias comenzaban por dirigirse sendos insultos, y concluian por llegar á las manos. El Emperador Heraclio quiso poner paz entre ellas y ser así, alzando la autoridad de la Iglesia, un nuevo Constantino. Una fórmula de conciliacion habia sido encontrada por la bizantina argucia, fórmula que se reducía á reconocer en Cristo dos naturalezas y una sola voluntad. En esta fórmula quedaba destruida por completo la doble naturaleza de Cristo. Adhirióse sin embargo á ella, primero el Emperador, luego Sergio, patriarca de Constantinopla, y por último Ciro, Obispo de Phasae, á los cuales siguieron multitud de iglesias griegas, egipcias y asiáticas. Sophronio, Obispo de Jerusalem, comprendió bien pronto la gravísima trascendencia de la fórmula conciliatoria y la denunció indignado á todo el mundo católico. El patriarca de Constantinopla se encontró con la paz de Oriente perturbada, y acudió en demanda de auxilio á Honorio, al Obispo de Roma, al Papa de Occidente. Honorio suscribió á la heregía de la voluntad única y sola, con lo cual negaba la doble naturaleza de Cristo. Todo aquel que desee mayores noticias sobre este grave tema y sobre la perturbacion que llevó al seno del Concilio Vaticano, debe leer la historia de este Concilio y de sus consecuencias políticas y religiosas escrita por el concienzudo historiador Mr. de Pressense. En esta obra encontrará la adhesion del Papa de Roma á la heregía del patriarca de Constantinopla. El sexto Concilio ecuménico en cánones solemnes, fundados en todos

los procedimientos eclesiásticos, excomulgó al Papa y le declaró hereje. *Anathema Sergio heretico, Anathema Honorio heretico.* Los comentarios no son ménos claros que el texto. «Hemos arrojado, decian, de la Santa Iglesia, y hemos anatematizado á Honorio, que fué Papa de la vieja Roma, y hemos reconocido en sus cartas á Sergio, que ha seguido en todas cosas su misma doctrina, y que ha confirmado sus impíos dogmas.» El texto no podia ser más fehaciente, ni la prueba más palmaria. Resultaba que un Concilio habia declarado á un Papa hereje, y por ende resultaba que la infalibilidad no podia estar vinculada en estos Papas, expuestos á tan grandes caidas, sin grave riesgo del dogma y de la Iglesia.

El escritor que suscitara esta grave polémica, fué el P. Gratry, sacerdote respetabilísimo por sus virtudes, insigne por su fé, ilustre por sus obras. En la fiebre de materialismo que posee al mundo moderno, habia reivindicado los derechos del alma humana, y habia sostenido la fé salvadora en la providencia divina. Su palabra tenia la unción de los místicos, y sus ideas la razon de los filósofos. Ni un momento se habia separado de los altares, ni un momento se habia ido con los fariseos; ni siquiera con los innovadores. Su temple de alma le tenia en esa fé serena que reconcilia la ciencia con la revelacion, y que impulsa el Cristianismo al mismo tiempo que el humano progreso. Despues de haber pasado por las escuelas profanas y de haber contendido con los filósofos del siglo, se encerró en la Orden del Oratorio, consagrada al dogma de los dogmas hoy, al dogma de la Purísima Concepcion. Vicario general del obispado de Orleans, catedrático de moral evangélica en la Sorbona de París, miembro de la Academia de Francia, luchó contra el panteísmo, estudió el conocimiento de Dios como el puro origen de toda ciencia, y el conocimiento del alma, como eterno objeto de toda moral. Demostró la ideas filosóficas y

racionales contenidas en el símbolo de la fé; dió consejos que son norma é ideal de la vida, comentó el Evangelio de San Mateo, respondió á Renan defendiendo la divinidad de Cristo, y reivindicó el principio de la libertad y de la responsabilidad humana, contra los ataques del fatalismo tan arraigado hoy en todas las escuelas históricas.

Y sin embargo, ¿quereis ver cómo le trataban los ultramontanos? Leed estas palabras de su jefe, con motivo de la polémica sobre Honorio: «La fortísima escuela galicana, de antiguo desgraciada, pelagra de nuevos disgustos á causa de un libro polémico escrito en su favor por un amable clérigo literato, persona de fino trato y gran talento, pero sujeto á viajar por las estrellas, de las cuales cae muchas veces. De pronto, y sin saber por qué, este gracioso soñador se ha sentido galicano, y súbito, sin advertírnoslo, se ha lanzado sobre su tintero lleno de estrellas.» Habríamos de copiar larga série de injurias si copiáramos todo cuanto el odio dictó á los enemigos del gran sacerdote llamado *cabeza de pájaro celeste*. La indignacion del padre Gratry era, sin embargo, fundada. Nuevas falsificaciones acababan de alterar los textos de la historia eclesiástica, y entre estas falsificaciones, se encontraba la supresion textual de la sentencia contra Honorio en los rituales romanos. El célebre sacerdote se levantaba airado contra este piadoso fraude y decia en su lenguaje elocuentísimo que estas grandes mentiras eran como la causa capital de la tristísima decadencia del sentimiento religioso alimentado por la pura verdad, enemigo de todas esas interpolaciones, de todas esas fábulas que habian hecho una inmensa mentira de los Anales eclesiásticos. Y en verdad, la falsa donacion de Constantino, las actas falsas de martirios y santorales, el falso derecho canónico de Isidoro Mercator, la falsa batalla de Clavijo en nuestras crónicas, los falsos fundamentos del voto de Santiago en nuestras iglesias, repugnan á la conciencia

universal en todos los pueblos y en todos los tiempos, pero repugnan mucho más á nuestro siglo, que se gloria de haber fundado la crítica. Y el peligro era grave, porque es cosa averiguada y ley histórica, indefectible, el decaimiento de todas las religiones opuestas al culto de la verdad y al general sentido de la ciencia. Y declarada la infalibilidad, podian pasar á ser dogmáticos no solamente los libros de la *Vulgata* con todos sus errores filológicos y los evangelios más ó ménos apócrifos con todas sus falsedades históricas; sino aquellas obras jesuíticas, obras de pasion y de polémica, que han condenado el derecho moderno, que han sostenido las más escandalosas falsificaciones, que han lanzado su anatema sobre la fundada teoría del nacimiento en el derecho civil de las prerogativas eclesiásticas, y se han atrevido á desconocer la verdad inconcusa de que las ambiciones políticas y los poderes materiales de los Papas han traído el cisma de Oriente, han precipitado la heregía luterana, han roto la antigua sacratísima unidad de la Iglesia; excomulgando, como demostró el veneciano Sanuto, por razones puramente mundanales, á más de la mitad de los fieles.

Un hombre como el padre Gratry, místico por naturaleza, sacerdote por vocacion; dado á contender con todos cuantos negaban su santidad á la Iglesia, debia sentirse profundamente apenado de que la Iglesia creyera necesario recurrir á la mentira para sustentar y para adorar la verdad. No, no habrá religion si en vez de ayudar á emanciparnos y redimirnos, ayuda á perdernos y esclavizarnos; si en vez de esparcir la luz esparce las tinieblas sobre el universo; si en vez de entrar con la antorcha de la verdad en los abismos de la historia, entra con los párpados caidos y la venda puesta; si en vez de armonizarse con la inmensa naturaleza y reconocer sus leyes, se niega al reconocimiento de toda verdad científica; si en vez de llamarnos á la gran comunión de las ideas me-

tafísicas que tienen suspenso como por cadenas invisibles la tierra, esta lámpara del espíritu, del cielo, ese santuario de Dios nos llama á comulgar con el error y con el sofisma que envilecen y matan.

Compréndese, pues, la pena del padre Gratry, y la elocuencia de sus quejas. Como dijera que habia recibido de Dios orden expresa de escribir aquel libro los ultramontanos le preguntaban en qué papel ó escritura le habia Dios comunicado esta orden. Parece imposible que la escuela ultramontana dirija tales preguntas. ¿Dónde están sus escrituras celestes, dónde sus títulos? Veillot consagraba burlescamente unos versos inmortales de Víctor Hugo al monje del Oratorio, pintándolo como un niño, hermoso, con dulce sonrisa y dulce buena fé, de voz que todo lo

encierra, de lloro que pronto se apaga, de vista errante y estática, ofreciendo por doquier su tierna alma á la vida y sus rosados labios á los besos. De los ángeles invocados por Gratry como testigos de la pureza de su fé y de la rectitud de su conciencia decia que eran esos ángeles prontos á huir á la primer gota de agua que se les echara encima. Y del ilustre escritor mismo decia que ni era escritor ni era ilustre. A tales extremos se llevaba la pasion. Tal caridad habia en el seno de aquel Concilio. Los católicos puros se creian superiores al hombre y demostraban con sus errores y con sus faltas que no solamente no son superiores sino que son inferiores al hombre. La leyenda de Nabucodonosor encierra una eterna verdad. Todo aquel que se erige en Dios se convierte en bestia.